

Las «llaves» fortificadas de la América Hispana

Juan Manuel ZAPATERO (*)

En una bella amanecida de la historia, las naves de la Corona de Castilla y León ¡naves de España! se adentraban en el proceloso Atlántico, cuajado de impenetrables misterios. Son, fueron, las del benemérito prestigio: «La Santa María», «La Niña» y «La Pinta» conducidas por el Almirante, rumbo al Descubrimiento del Nuevo Continente, la empresa más grande de la Humanidad. a las que sucederán los navíos de los siglos XVII y XVIII, repletos de hombres portadores del inconmensurable esfuerzo de crear ciudades, levantar templos y castillos para su defensa, de esparcir la semilla que será germen de nuevas naciones.

En un principio, fueron las naves de la aventura, en las que iban hombres de «pelo en pecho», los del ensueño andaluz, los increíbles extremeños, los severos castellanos. Aquellas naves surcaron la Mar Océana, cuando todavía estaba envuelta en mitos monstruosos, trascendidos de la Baja Edad Media, como los pulpos gigantes o «krakem», en los que las más de las veces, se aseguraba, quedaban las naves aprehendidas en sus terribles tentáculos. Y en el cielo, en las nubes limbadas, anidaban y se descolgaban las grandísimas «Aves Roc», que atrapaban a los galeones y se los llevaban a las alturas para no retornar jamás.

Y cuando se enfrentaron con la bestial dureza de las nuevas tierras, otros mitos deslumbrantes y aterradores aparecieron, como el del Dorado, que se nos llevó hombres a millares o el de las bellas amazonas, o los increíbles «hoponohuevas» y los patagones. Así nació la lucha con la naturaleza gigante, en las selvas impenetrables donde el suelo era noche oscura y en las copas de los árboles día cegador. Aparecieron, de pronto, las culturas del Anahuac en Méjico; las de los mayas y quichés en Centroamérica, y la de los incas en las altas cumbres de los Andes. Seguidamente, la

(*) Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

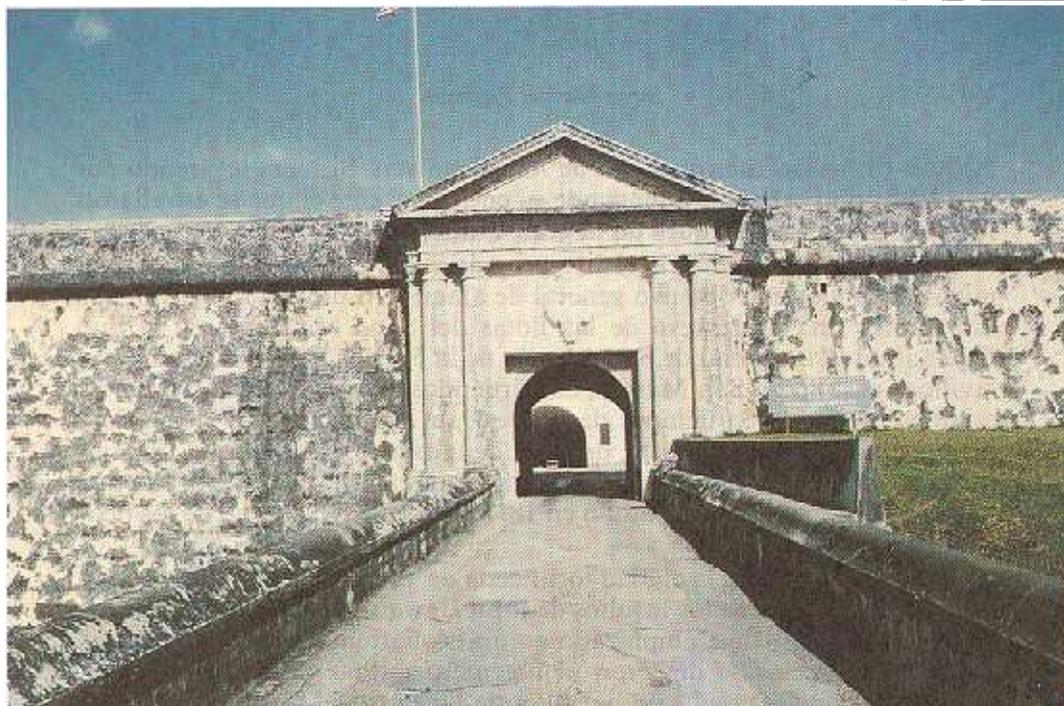
lucha, al regreso, con las naves de los piratas que pronto aparecieron y que sacudían los galeones para asegurarse que no quedaba una sola «pepita de oro».

Y el oro atrajo a las naciones de Europa, allí fueron Inglaterra, Holanda, Francia y hasta Portugal. Desde los albores del Descubrimiento hasta que perdimos los Dominios de Ultramar, siempre tuvimos el español y lo español, el enemigo insaciable de la piratería o el ataque de las armadas. Esa contienda, duró tantos años, que a lo largo de la Historia está señalada en tres etapas: la piratería del siglo XVI; el filibusterismo del XVII, y la guerra reglada del almirantazgo británico, perfectamente pensada con señalamiento de objetivos que pasman el ánimo y que dura los cien años del siglo XVIII.

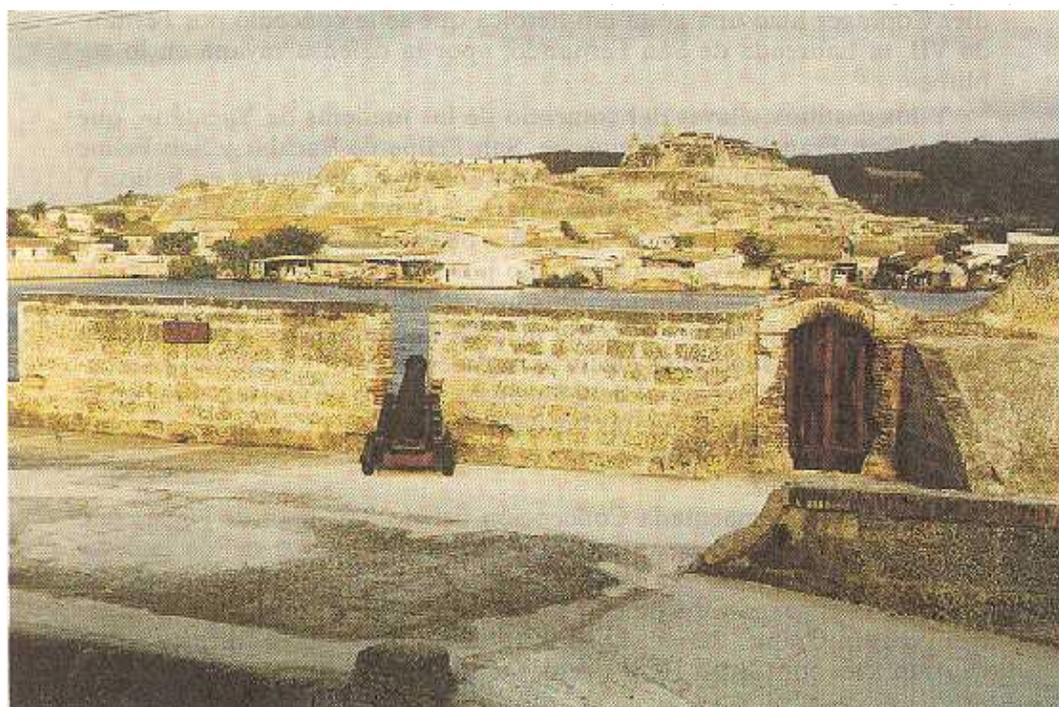
Precisamente, en estos siglos, la Metrópoli realizaba el mayor esfuerzo cultural que jamás vieron los pueblos. Son los tiempos que darán porte y luz a los nuevos reinos que, a su semejanza, hace surgir España en la enorme masa continental que absorbe sus energías. Es la etapa principal para la historia de América, y sin embargo no ha sido debidamente justificada. Por el contrario, erróneamente denominada «colonial», es con frecuencia enjuiciada con adversa e incomprensible crítica. De la etapa gigantesca de la conquista ha solido pasarse pronto a la de la emancipación, pero enlazando a ambas con mezquinas manifestaciones de leyenda negra, sin apenas detenerse en los mejores trescientos años de la historia de un gran pueblo. Tan importante hecho histórico, mal historiado y peor comprendido, es inadecuadamente designado como «período colonial», cuando la organización política y estatal de los virreinos en modo alguno podía serlo. Ninguno de los dominios en América, eran propiedad a título de colonia de la Corona, eran reinos en igualdad de derechos con los de la Metrópoli, con vida propia, partícipes de la hermosa colectividad hispana, independientes entre sí, pero ligados a la razón de una monarquía.

Con el dominio de las Indias Occidentales, España se había convertido de hecho, desde los albores del siglo XVI y hasta principios del XIX en la nación más poderosa de Europa. Pero tan inmensas posesiones gravitaron en la esfera política de la Metrópoli.

La disputa por el Mar Caribe, ponía en primer término el panorama de lugares estratégicos, portillos de los territorios internos de los virreinos o gobernaciones, y abrigos de las rutas del comercio. La Corona designó a estos enclaves con la acertada denominación de «llaves», por ser decisiva política y militarmente su conservación para la seguridad y desenvolvimiento de un territorio. De aquí, arranca, el primordial principio de dotarlas con los mejores sistemas de fortificación y de esforzados contingentes de dotación. En general, todas las fortalezas españolas en América, revelan depurada técnica de características propias con aprovechamiento de los conocimientos avanzados de Europa, que permiten identificarlas como de la Escuela de Fortificación Hispanoamericana, ya denunciada en el



Castillo San Felipe del Morro. San Juan de Puerto Rico. Puerta Principal, neoclásica, que figuraba en el gran proyecto de fortificación del gobernador mariscal de campo don Alejandro O'Reilly, 20 mayo 1765. Su realización el ingeniero militar don Tomás O'Daly, 1766-1781, reconstruyó el Castillo y cerró a la Ciudad con el «recinto» que en buena parte se conserva. Era la «llave de las Antillas».



Cartagena de Indias (Colombia). Vista del Cerro San Lázaro cubierto por el Castillo San Felipe de Barajas, 1656-1657, y las Baterías Colaterales, 1762-1769. En primer término las fortificaciones de Getsemani, recientemente restauradas.

XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. Sistema levantado por una Metrópoli exhausta a fuerza de su entrega, y ante el que se estrellaron los más enconados ataques de la gran contienda.

Puede señalarse que toda el área geográfica del Caribe era para los enemigos de la Corona, objetivo general de ataque. Al norte, la «Pasa de las Bahamas», ruta de regreso de las flotas del Seno Mejicano, en la que España fundó la ciudad de San Agustín de la Florida Oriental con su maravilloso castillo de San Marcos, convirtiéndose en «llave de la Pasa». El castillo construido en tiempos de Felipe II, es un ejemplo de la fortificación abaluartada renacentista, de traza cuadrada, regular, y en él trabajaron ingenieros militares como Francisco Cortazar, Mariano de la Rocque y Pedro Díez Berrío. Fue vendido en 1817 a los EE.UU. en uno de los peores negocios de la Corona.

En Centroamérica, la ciudad fortificada de Veracruz, que cuenta con la amarga experiencia de los insultos de John Hawquins en 1568. Con su castillo San Juan de Ulúa, emplazado en un islote frente a su puerto, cuyos primeros proyectos se debieron al ingeniero militar de origen italiano, Bautista Antonelli, en el «Primer Plan de Defensa del Caribe» dispuesto por Felipe II, según revela el historiador Angulo Iníiguez, después superado en el siglo XVIII por los ingenieros Jaime Franck, Santisteban, etc. Era la «llave del virreinato de la Nueva España», y último castillo donde ondeó la bandera de España en América Septentrional, su defensor el brigadier Copinger hizo una gesta tan heroica que se le concedió por Fernando VII, la Laureada de San Fernando, «por la defensa rayana en lo sublime».

Y los castillos «llaves del comercio de las maderas de Yucatán», que fueron San Francisco de Campeche, San Felipe de Bacalar y San Felipe del Golfo Dulce, que cerraron el paso a los ingleses infiltrados en Belice. Y el castillo San Fernando de Omoa, «llave de la prosperidad de la Audiencia de Guatemala», levantado en tiempos de Fernando VI, por el ingeniero militar Luis Díez Navarro y ampliado por los también ingenieros Francisco Alvarez, Antonio Murga y Joaquín Peramás. El castillo de Omoa, recordará por siempre la esforzada defensa de Simón Desneaux, vencido por los 100 veces superiores efectivos ingleses en 1779 y la gloriosa reconquista por el capitán general de Guatemala, Matías de Gálvez, que con la punta de la espada gravó en las bóvedas, las palabras «Yo Solo», las mismas que el monarca Carlos III, emocionado», concedió como mote al escudo de los Gálvez.

Y el castillo Inmaculada Concepción del río San Juan de Nicaragua, «llave del Ysthmo Centroamericano», objetivo principal de los ingleses para apoderarse del río San Juan, el lago Managua y salir al Pacífico por la bahía de Papagayos. Su valor estratégico fue bien apreciado por el brigadier Agustín Crame, designado «Visitador General de las Fortificaciones de América» por Carlos III, y ejecutor del «Segundo Plan de Defensa del

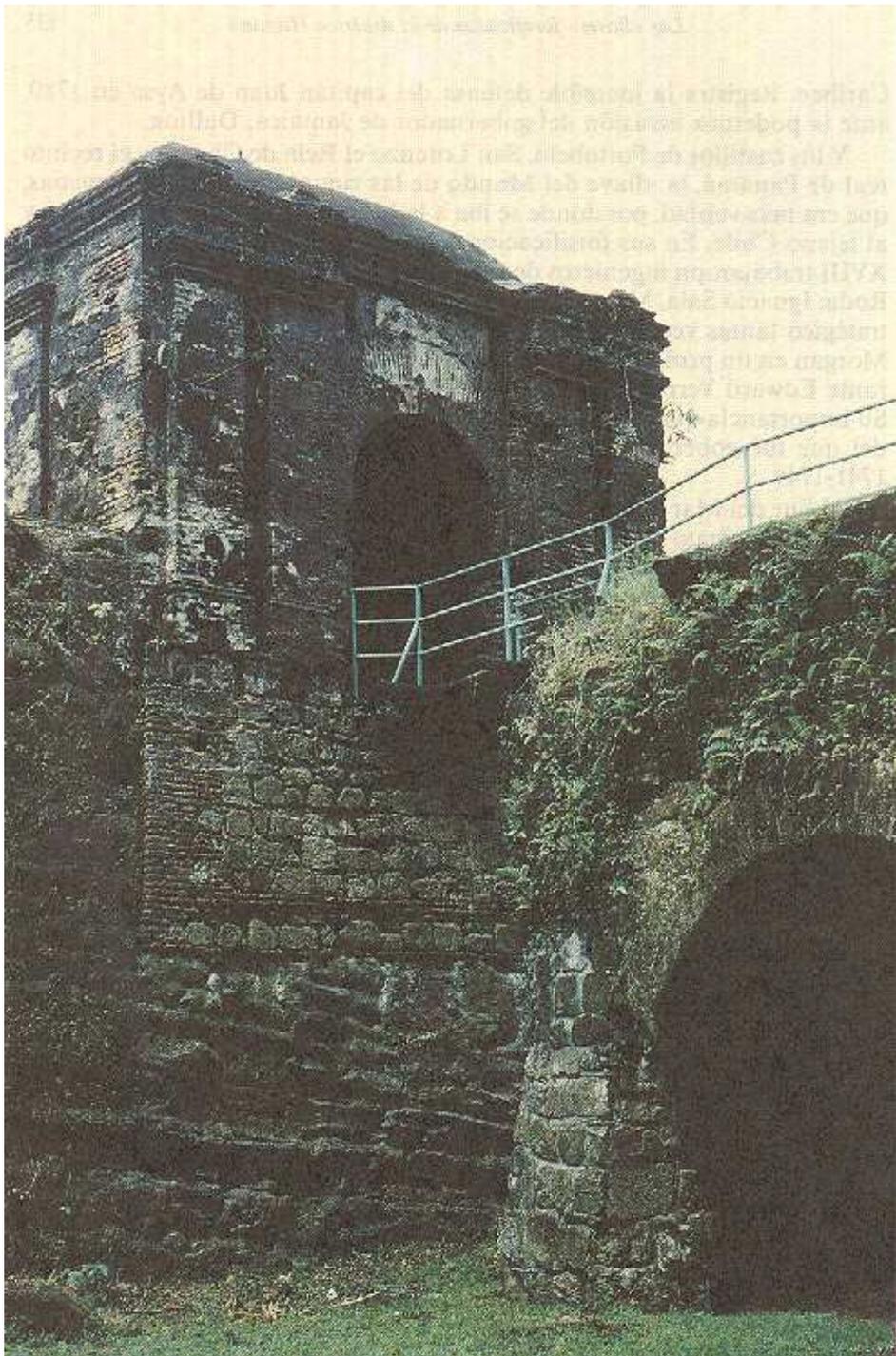
Caribe». Registra la increíble defensa del capitán Juan de Aysa en 1780, ante la poderosa invasión del gobernador de Jamaica, Dalling.

Y los castillos de Portobelo, San Lorenzo el Relá de Chagre y el recinto real de Panamá, la «llave del Mundo de las riquezas» o de las angustias, que era más verdad, por donde se iba a la Mar del Sur o Pacífico, al Perú y al lejano Chile. En sus fortificaciones que abarcan los siglos XVI, XVII y XVIII trabajaron ingenieros de la talla de Bautista Antonelli, Cristóbal de Roda, Ignacio Sala, Manuel Hernández, Agustín Crame, etc. Triángulo estratégico tantas veces apetecido por los piratas Francis Drake y Henry J. Morgan en un principio, y después en la mitad del siglo XVIII por el almirante Edward Vernon en ensayo inútil de cortar los dominios españoles. Su importancia queda suficientemente expuesta en los estudios e informes del que fue gobernador de Panamá don Dionisio de Alcedo y Herrera, 1741-1749.

Al Sur del Mar Caribe, la Tierra Firme y los territorios de Nueva Andalucía o virreinato de Nueva Granada (hoy Colombia y Venezuela), llevaban fama de ser los caminos seguros del oro, con su incierto «El Dorado», atractivo e insuperable mito de la riqueza. En su caliente litoral, una plaza maravillosamente fortificada, Cartagena de Indias, en la que trabajaron los Antonelli, Juan de Herrera y Sotomayor, Juan Bautista Mac-Evan, Lorenzo de Solís, Antonio de Arévalo y Manuel de Anguiano —último ingeniero militar español, y primer mártir de la nueva Patria colombiana—. Cartagena de Indias, asumía la responsabilidad de ser la «llave de la América Meridional y del Reino del Perú», era la mejor plaza fortificada del Mundo al menos así lo admitían los ingleses para justificar su imposible conquista, y si no, que hagan memoria los años 1739, 1740 y 1741 cuando el almirante Vernon la atacó. Estaba tan seguro del éxito, que mandó precipitadamente acuñar monedas en cuyo anverso decía: «El orgullo español, abatido por la espada victoriosa del inglés», figurando Blas de Lezo, de rodillas, entregando las llaves de la Ciudad. Pero Cartagena de Indias no fue conquistada, y los españoles tuvieron el honor de desmentir tal presunción con aquel escrito del virrey Eslava, que decía: «La caridad española, a la arrogancia inglesa».

Y con Cartagena de Indias, las «llaves del Caño de la Ynbernada»: Cumaná, la Guayana, La Guayra y Puerto Cabello. Y los castigos del Orinoco, «llaves de los llanos y del virreinato de Santa Fe», por donde penetró Walter Raleigh, protegido de la reina «virgen» Isabel de Inglaterra, portando la bandera bordada, se decía, por la propia reina, con una leyenda que el historiador P. Bayle, traducía así: «Contra España y los españoles, duro, que no pecas».

Y los castillos de las Antillas: Cuba, la «llave del Nuevo Mundo y Antemural de las Yndias Occidentales»; Puerto Rico, la «llave de las Antillas»; la Española (Santo Domingo), la «llave Adelantada de la Empresa de las Yndias», eran ciertamente aquel «Arco de Ulises» con que Cromwell las

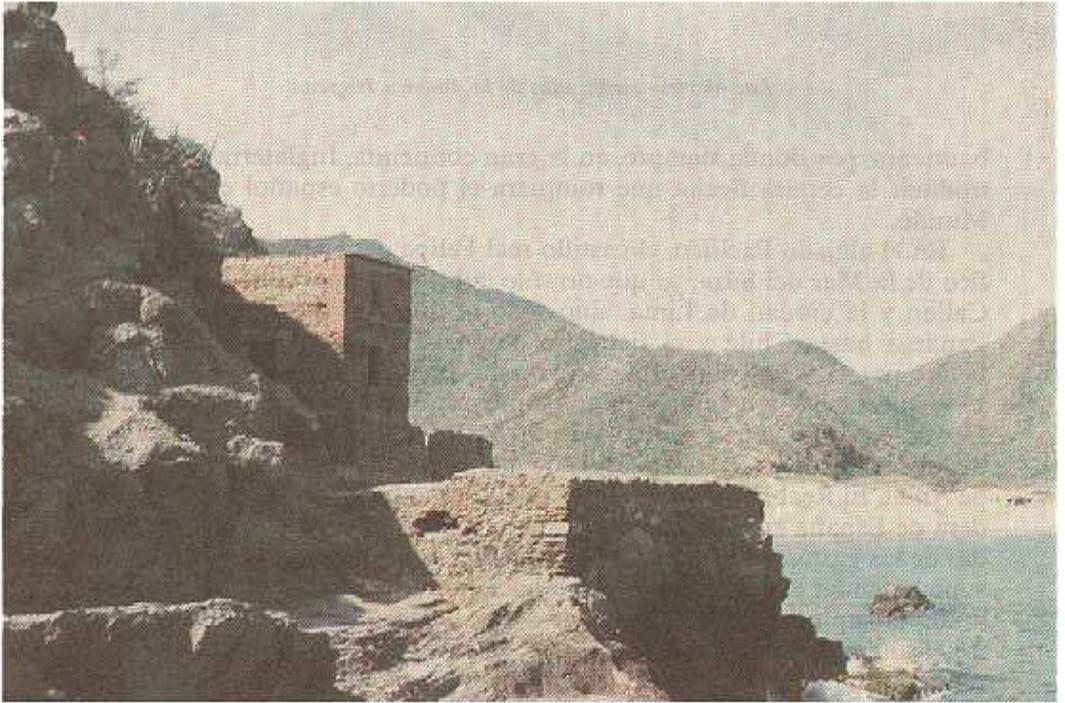


Castillo San Lorenzo el Real de Chagré (Panamá). Curiosamente la Puerta Principal es una pieza exenta que destaca sobre el parapeto y afecta a las «máximas» de los tratados, ejemplar único de las fortificaciones españolas en América. Era una de las tres «llaves» con Portobelo y Panamá del «Triángulo estratégico del Ysthmo Central; ruta del Comercio del Orbe».

bautizara, por donde siempre, en la gran contienda, Inglaterra intentó introducir la certera flecha que rompiera el poderío español en el Nuevo Mundo.

En el alejado Pacífico, el castillo real Felipe del Callao, «llave del tráfico de la Mar del Sur», ya que no sólo cubría el importante puerto de El Callao y la ciudad de Lima, sino todo el dilatado litoral que va desde Panamá hasta Chile y el Estrecho de Magallanes. Construido el Real Felipe por el virrey conde de Superunda, tras los terremotos del año de 1746 que asolaron a Lima, según los proyectos del ingeniero francés Luis Godin, es de traza pentagonal, pero irregular, lo que ocasionó graves problemas técnicos y tácticos puestos de manifiesto por el virrey don Manuel de Amat. El Real Felipe del Callao, es el último lugar donde ondeó la bandera de España en América del Sur, allí sucedió una de las páginas grandes de los gastos de España con la gesta del mariscal de campo Rodil, que supo defender el castillo cuando ya hacía más de un año que se había firmado la capitulación de los ejércitos españoles en Ayacucho. De más de 2.000 soldados con los que se encerró, salieron apenas un par de centenares, hambrientos y enfermos, desnudos pero con la bandera alta y los fusiles sobre los hombros, apoyándose como podían los unos con los otros.

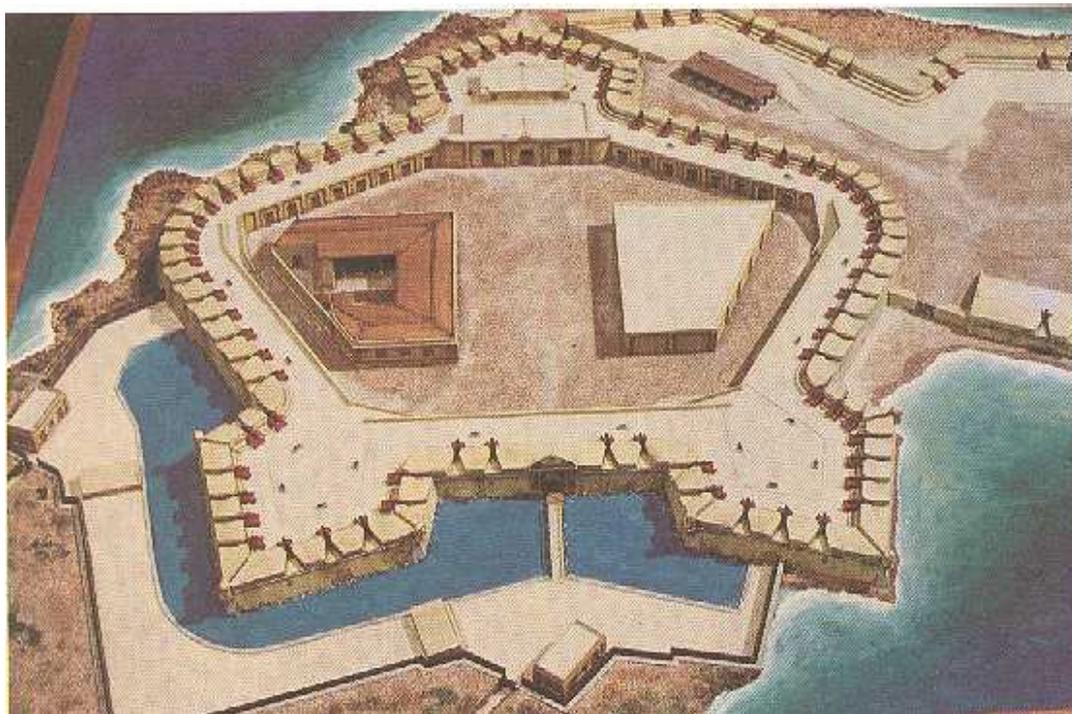
Y resultó que los castillos de España en América, «llaves de los Dominios», hechos con auténtica maestría por nuestros ingenieros y escenario de tanto valor a raudales de aquellos soldados heroicos, abrieron un día sus puertas de par en par, arriando las banderas de las Armas Reales cuando fueron atacados por los hermanos de la América Hispana, portadores de banderas que llevaban el sol de la Independencia, es decir, la bandera de la misma raíz y espíritu que España llevó y con ella fecundó a los nuevos pueblos, germen glorioso de las Naciones Hispanoamericanas.



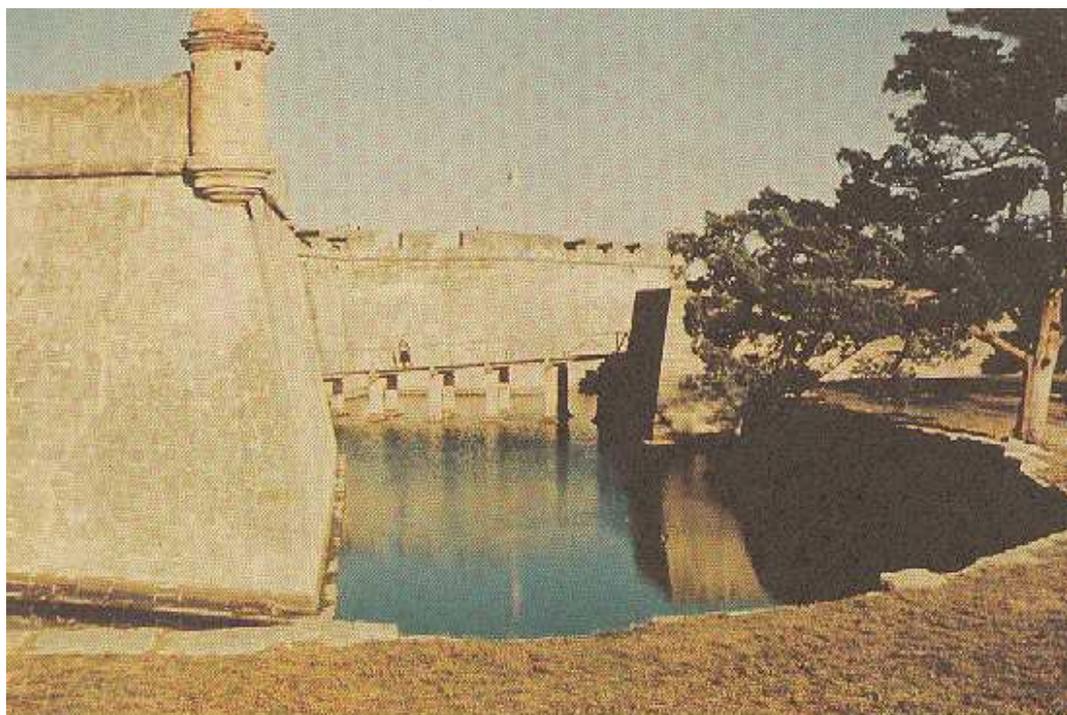
El Fuerte San Fernando, de «Santa Marta de las Yndias» (Colombia). Las primeras obras fueron hechas por el ingeniero Ficardo en 1667. En 1725 fue reforzado dándole la denominación de Fuerte San Fernando en honor del infante don Fernando, después rey de España, denominación que vino a sustituir la de «Fuerte de la Punta de Lipe». Era la «llave del interior del virreinato de Santa Fe y del camino al Perú».



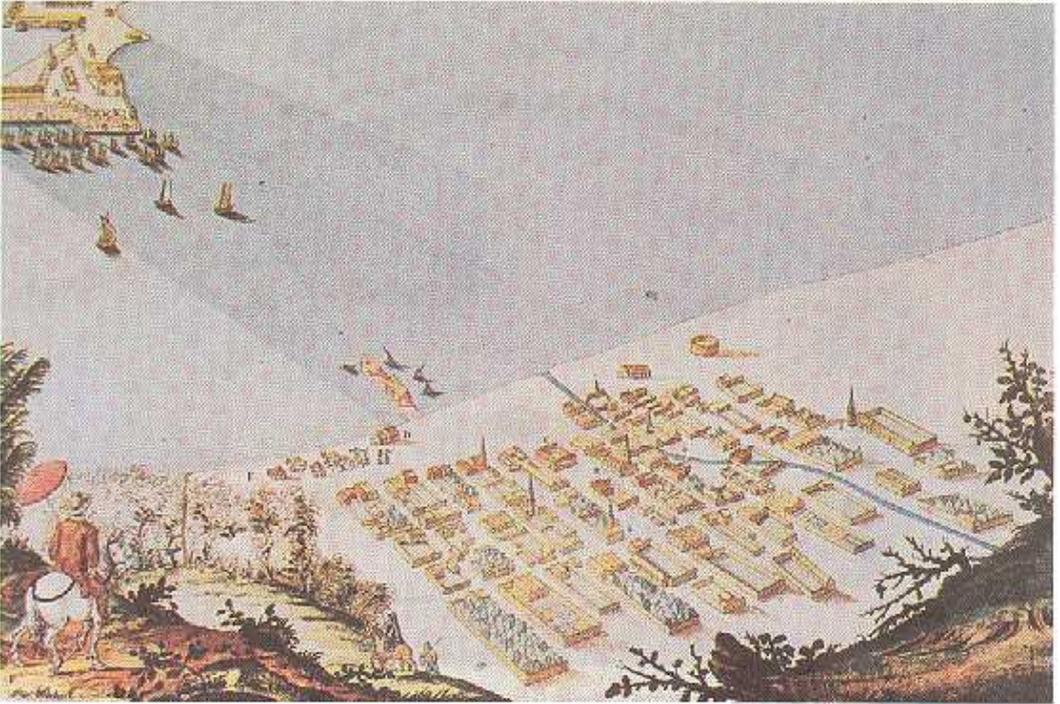
Fuerte San Gerónimo de Portobelo (Panamá). Consta de tres partes: el Fuerte, la Batería y el Reducto. En 1668, el pirata Morgan lo conquistó y destruyó. En el siglo XVIII lo rehizo el brigadier Herrera; en 1753 el mariscal de campo don Ignacio Sala proyectó el aumento de la Batería y el Reducto, obras que realizó el ingeniero militar don Manuel Hernández.



Maqueta del Castillo San Felipe de Puerto Cabello (Venezuela) (construida por J. M. Zapatero con Petromodel, S. A. para CEHOPU en 1985). El Castillo San Felipe fue levantado por disposición de Felipe V en 1732, para la protección de los Reales Almacenes. Lo edificaron a partir de 1735, grandes ingenieros militares como Courten, Gayangos Lascari, conde Roncali y González Dávila, entre otros. En 1743 lo atacaron los ingleses pero fueron rechazados. En la guerra de la Emancipación fue la última fortaleza donde ondeó la Bandera de España en Venezuela, 1823.



Castillo San Marcos, de San Agustín de la Florida, para la defensa de la «Pasa de las Bahamas». Su fábrica original pertenece al siglo XVII, pero fue reformado entre 1759 y 1788, el sector aquí visible pertenece a la Puerta Principal, sobre la cual se conserva el Escudo de las Armas Reales de la Corona.



El primitivo Castillo San Juan de Ulúa (Méjico) y la ciudad y puerto de Veracruz —antes de la construcción del «recinto real»—, según composición del ingeniero militar holandés al servicio de la Corona, don Adrián Boot en 1615. Estas plazas eran la «llave del virreinato de Nueva España».



Castillo Real Felipe del Callao, Lima (Perú). Fue mandado construir por el virrey conde de Superunda, tras los terremotos de 1746, para la defensa del virreinato del Perú. Aquí se consumó la heroica gesta del brigadiera don José Rodil en 1824, frente a los ejércitos patriotas de Bolívar.